

La formación de seminaristas y de personas consagradas en la Iglesia

Hay cuatro pilares básicos en la formación sacerdotal: la formación espiritual, la formación académica (intelectual), la formación comunitaria (humana), y la formación apostólica (pastoral). Los cuatro son necesarios, interactúan entre sí y se refuerzan unos con otros. Algunos son más importantes, pero a todos se les debe dar su espacio, y no relativizar ninguno, pues se corre el riesgo de desestabilizarse. Hay que atender a todos los pilares para crecer y perseverar firmemente arraigados en Cristo (cf. Hch.2,42-47).

El sentido del estudio en la formación integral sacerdotal (consagrada)

Puede haber surgido, en algún espíritu, un cierto rechazo a la formación académica, puesta detrás de la apostólica-pastoral, o simplemente ya no se sabe muy bien por qué sea tan importante, o, a fuerza de no valorarla, por darla por supuesta, viene a caer en el terreno de lo secundario y se puede perder el gusto intelectual. Ya Juan Pablo II notaba una grieta en el edificio, precisamente sobre el pilar que se creía que estaba más seguro y firme: «Es necesario contrarrestar decididamente la tendencia a reducir la seriedad y el esfuerzo en los estudios» (*Pastores dabo vobis*, 56).

Nadie quiere volver al espíritu de los humanistas italianos, los ilustrados franceses y los racionalistas alemanes: «La soberbia intelectual del Humanismo fue un fenómeno sin precedentes en la Europa cristiana y no tendrá parangón hasta la ilustración» (María Elvira Roca Barea).

Hoy sigue existiendo el peligro real del academicismo mezclado o puro que lleva a los ideologismos, secando la verdadera doctrina de vida del Evangelio. También es fácil caer en la rigidez doctrinal que parece cerrar filas solo para defenderse a sí misma y puede terminar excluyendo a los hombres de la vida: una nueva forma de fariseísmo cristiano. Francisco Javier se daba cuenta de que la ciencia puede hinchar, pero que siempre la caridad intelectual edifica:

Muchas veces me mueve pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a

la universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro en sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: “Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga? Envíame adonde quieras; y si conviene, aun a los indios” (*A sus compañeros residentes en Roma*, Cochín 15 de enero 1544).

Así estos «ismos», desproporcionados y exaltados, no deben generar un alejamiento del estudio ordinario, serio y necesario. Más bien invitan a una purificación de sus intenciones, una búsqueda de objetivos más evangélicos, y unos métodos más actualizados. Es decir, una mejor integración entre las dimensiones, en la formación de los pastores que apacientan el rebaño y de los consagrados de la Iglesia.

Una disminución de la preocupación por el estudio puede tener graves consecuencias también en el apostolado, generando un sentido de marginación y de inferioridad, o favoreciendo la superficialidad y ligereza de las iniciativas (*Vita consecrata*, 98).

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, como arzobispo de Buenos Aires, expuso en Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, Roma, 18 de febrero de 2009, el sugestivo tema del «significado e importancia de la formación académica» (Actas de la Reunión Plenaria: *La Formación Sacerdotal en los Seminarios de América Latina*, 17-20 de febrero de 2009, LEV, Città del Vaticano 2009, 171-186). De esta importante ponencia, y por su actualidad para entender un pontificado, tomamos algunas ideas y las desarrollamos en el contexto actual.

Fin pastoral de toda la formación: a imagen del Buen Pastor

La *Optatam totius* nos da el fin desde el cual, conjunta y armónicamente, debe ordenarse toda la formación sacerdotal: «Todos los aspectos de la formación, el espiritual, el intelectual y el disciplinar, han de ordenarse conjuntamente a este fin pastoral: a que se formen verdaderos pastores de almas, a imagen de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor» (nº 4). Y el *Documento Conclusivo de Aparecida* lo recogió con estas palabras: «Es necesario un proyecto formativo del Seminario que ofrezca a los seminaristas un verdadero proceso integral: humano, espiritual, intelectual y pastoral, centrado en Jesucristo Buen Pastor» (319).

Parece clara esta centralidad, a imagen del Buen Pastor, pero no hay que olvidar que el título de Pastor incluye al de Maestro, que nutre a su rebaño enseñándole el camino verdadero de la vida y corriéndolo de sus errores: no tendremos buenos pastores si no tenemos buenos enseñantes.

El Maestro Bueno (cf. Mt 19,16) no enseña desde la lejanía de la cátedra, sino que enseña como quien pastorea: estando cerca, haciéndose prójimo, nutriendo de manera tal que selecciona lo que alimenta y descarta lo nocivo mientras va de camino compartiendo la vida con su rebaño. Ello queda recogido en el lenguaje del Concilio y de Aparecida, pues pastoral no se opone a doctrinal, sino que lo incluye. Tampoco es lo pastoral una mera aplicación práctica contingente de la teología, pues la doctrina de vida tiene un sello pastoral de origen.

El Papa Francisco ha llamado la atención sobre las cualidades distintas de la doctrina y la ideología. «La verdadera doctrina de vida une. En cambio, la ideología divide». La Iglesia tiene «su propio magisterio, el magisterio del Papa, de los obispos, de los Concilios, y debemos ir por este camino que viene de la predicación de Jesús y de la enseñanza y asistencia del Espíritu Santo, que es siempre abierta, siempre libre, porque la doctrina une, los Concilios unen a la comunidad cristiana; mientras la ideología divide» (19 de mayo de 2017).

Educarse en el pensamiento de Cristo

Contra la tentación del mundo actual de sincretismos de todo tipo, que se van por las ramas en cuestiones disputadas estériles o mezclan saberes in-mezclables, la solidez de la formación de los pastores debe apuntar a la discreción espiritual, que sabe probar todo y quedarse con lo bueno. Aquí el discernimiento evangélico y eclesial es imprescindible.

Y esta solidez la conquista el presbítero y consagrado mediante mucho medios, pero específicamente en el estudio sereno y activo, pues «el estudio es manifestación del insaciable deseo de conocer cada vez más profundamente a Dios, abismo de luz y fuente de toda verdad humana» (*Vita consecrata*, 98).

El cardenal de Milán, Angelo Scola, en *Atraídos por Cristo. Reflexiones sobre la formación sacerdotal*, clarifica admirablemente el lugar del estudio en la vida del seminario, y por extensión en la vida del sacerdote y consagrado (cf. pp. 45-55).

Toda la vida de formación al sacerdocio tiene algo que ver, en cierto modo, con el estudio, pues éste no se limita al aspecto académico, sino que inserta al candidato en una comunidad que sigue a Cristo.

Quien quiere seguir a Cristo debe formarse en el pensamiento de Cristo (cf. 1 Cor 2,16). Esto requiere un cambio de mentalidad, mirar la realidad, sentir la realidad, juzgar la realidad como Cristo lo hace y lo reflejan los Evangelios. Seguir a Cristo tiene una dimensión de seguir su divina enseñanza.

El cardenal Angelo Scola apoya esta su visión en un pensamiento de san Máximo el Confesor, cuando comenta el versículo paulino de tener los mismos pensamientos de Cristo (1 Cor 2,16): «También yo, digo que tengo el pensamiento de Cristo, que piensa según Él y le piensa a través de todas las cosas». Para el Papa Benedicto XVI, «la vida y el pensamiento de san Máximo quedan fuertemente iluminados por su inmensa valentía para testimoniar la realidad íntegra de Cristo, sin disminuciones ni componendas» (25 de junio de 2008).

El Cardenal Scola subraya ante todo la invitación a conocer a Cristo, para identificarnos con Él, con su modo de sentir y con su mirada, totalmente determinada por la obediencia al Padre.

Es el estudio, amplio y cualificado, que comprende las clases, el estudio personal y en grupos, la lectura y la investigación, el diálogo con compañeros y profesores, el que ayuda a profundizar en el pensamiento de Cristo y hacerlo propio, llegando a tener los mismos sentimientos de Cristo (cf. Flp 2,5).

Esta configuración se desarrolla, así nos lo ilustran los Evangelios, paulatinamente. El ojo del corazón va viendo cada vez más claramente cómo el Señor se relaciona con su Padre, cómo vive la ley judía, cómo juzga sobre personas y problemas, cómo vive el amor, la misericordia, la amistad... No es algo alcanzado de una vez para siempre, siempre Dios es más grande, pero se inicia con el estudio detenido, y se gusta y refuerza con la oración. Hablamos de un estudio arrodillado ante el misterio de Cristo.

Ciertamente, este misterio de Cristo lo captamos con nuestras categorías culturales modernas, en concreto una modernidad que ha perdido la perspectiva de lo sobrenatural; con una gran fragmentación de los saberes que impide una visión unitaria. Muros, incomprendiones y divisiones académicas entre doctrina y pastoral, entre dogmática y espiritualidad, entre fe y razón, entre sicología y teología espiritual.

Problemas hermenéuticos no faltan, pero por eso precisamente se requiere tener mayor claridad de ideas. Y una de ellas es que no seremos mejores pastores por estudiar menos, sino todo lo contrario.

El objeto de estudio: el estilo de Jesús Buen Pastor

Hablando a los profesores de la Universidad Gregoriana, el 10 de abril del 2014, el Papa Francisco recordaba que el compromiso intelectual de los profesores, en la enseñanza y en la investigación, en el estudio y en la más amplia formación, es tanto más fecundo y eficaz cuanto más animado esté por el amor a Cristo y a la Iglesia, cuanto más sólida y armoniosa sea la relación entre estudio y oración:

Y el teólogo que no reza y no adora a Dios termina hundido en el más desagradable narcisismo. Y esta es una enfermedad eclesial. Hace mucho mal el narcisismo de los teólogos, de los pensadores, es desagradable.

Un estudio que huya del narcisismo, pero que sepa abrir el corazón a los grandes sufrimientos humanos, que no los deje de lado, sino los tenga presentes. Así el Papa Francisco invita en la *Amoris Laetitia* (cf. 311-312) a meter al centro de la teología moral los valores más altos y centrales del Evangelio, entre los cuales debe sobresalir siempre la misericordia y el amor incondicional de Dios por cada hombre. Una teología moral que toque el drama humano de las personas, asumiendo empáticamente su punto de vista, con afecto y serenidad. Una teología moral en una larga perspectiva de comprensión, perdón, acompañamiento, esperanza divina e integración eclesial.

En una homilía en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae*, intitulada de las tres puertas, orar, celebrar, imitar a Jesús (16 de mayo de 2014), el Papa Francisco señaló que conocer a Jesús es el trabajo más importante de nuestra vida, pero que para conocer a Jesús no es suficiente el estudio, no bastan las ideas, es necesario orar con el corazón, celebrarle e imitarle.

Algunos tienen la fantasía que las ideas, solo las ideas, nos llevan al conocimiento de Jesús, pero las ideas solas no dan vida, y quien va por este camino de solo ideas termina en un laberinto y no sale nunca! Y esta es la causa del nacimiento de las herejías en el seno de la Iglesia. Las herejías se forman al tratar de entender solamente con nuestras mentes y con nuestras luces quién es Jesús. Un gran escritor inglés decía que la herejía es una idea enloquecida. ¡Es así! Cuando las ideas están solas se convierten en locas.

Para el Papa el estudio sin oración no sirve. Hace falta orar a Jesús, relacionarse con la Persona viva de Jesús, para conocerlo mejor. Los grandes teólogos hacen su teología, en medio de su pueblo, de rodillas. Con el necesario estudio, con la luz de oración, nos acercamos un poco al interior de Cristo, pero sin oración nunca conoceremos a Jesús, solo tendremos una idea de Dios. El estudio viene complementado con la oración, como dice

bellísimamente san Buenaventura, precisamente este año que celebramos su VIII centenario de su nacimiento:

[Nadie] crea que le basta la lectura [cátedra: explicación] sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la observación sin la alegría, la actividad sin el celo divino, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la divina gracia, el conocimiento reflejado sin la sabiduría divinamente inspirada (San Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, prolog., n. 4).

No basta el estudio, no es suficiente la oración, es necesaria también la alegría de la celebración litúrgica. El Papa en esa homilía nos pedía celebrar a Jesús en sus sacramentos, porque allí nos da la vida, nos da la fuerza, nos da el alimento, nos da el consuelo, nos da la alianza, nos da la misión. Sin la celebración de los sacramentos, no llegamos a conocer a Jesús. Esto es propio de la Iglesia: la celebración:

Y, sobre todo, imitar el estilo de Jesús. Tomar el Evangelio y preguntarse: qué ha hecho Él, cómo era su vida, qué nos ha dicho, qué nos ha enseñado e intentar imitarlo. El estudio nos debe acerca al estilo de pastor de Jesús. ¿Cómo era el estilo de Jesús cómo pastor?

El Papa Francisco nos dirá que Jesús siempre está camino, es un peregrino, y le parece percibir dos momentos que le parecen esenciales: el encuentro con el Padre y el encuentro con las personas. Tenemos que aprender que nada tendrá sentido en la vida de un sacerdote y consagrado, sin una relación con Dios y con el prójimo.

Antes de querer convertirse en un intelectual de la filosofía, teología, derecho canónico, hay que convertirse sobre todo en un pastor, como Jesús le pidió a Pedro: “apacienta mis ovejas”. «Apacienta con la filosofía, apacienta con la teología, apacienta con lo que estudias, pero apacienta. Sé pastor, porque el Señor nos ha llamado para esto» (Francisco, 6 de junio de 2014).

Las verdaderas preguntas de la vida

El Papa teólogo, Benedicto XVI, hablando a los seminaristas epistolariamente, señalaba las impaciencias propias de un estudio que ha perdido el sentido de lo esencial y en el que realmente hay que buscar las respuestas a las verdaderas preguntas de la vida:

Una de las tareas principales de los años de seminario es capacitaros para dar dichas razones. Os ruego encarecidamente: Estudiad con tesón. Aprovechad los años de estudio. No os arrepentiréis. Es verdad que a veces las materias de estudio parecen muy lejanas de la vida cristiana real y de

la atención pastoral. Sin embargo, es un gran error plantear de entrada la cuestión en clave pragmática: ¿Me servirá esto para el futuro? ¿Me será de utilidad práctica, pastoral? Desde luego, no se trata solamente de aprender las cosas meramente prácticas, sino de conocer y comprender la estructura interna de la fe en su totalidad, de manera que se convierta en una respuesta a las preguntas de los hombres, que aunque aparentemente cambian en cada generación, en el fondo son las mismas. Por eso, es importante ir más allá de las cuestiones coyunturales para captar cuáles son precisamente las verdaderas preguntas y poder entender también así las respuestas como auténticas repuestas (Carta del santo padre Benedicto XVI a los seminaristas, 18 de octubre de 2010, 5).

Me parece que en este discernimiento sigue siendo válida la aportación de la *Congregación para la Educación Católica*, cuando ha desarrollado un servicio inigualable al marcar líneas de renovación con sus Decretos, Instrucciones y Cartas: sobre la enseñanza de la filosofía en los seminarios (1972); sobre la formación litúrgica en los seminarios (1979); sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los seminarios (1980); sobre la Virgen María en la formación intelectual y espiritual (1988); sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal (1989); sobre el orden de los estudios en las Facultades de derecho canónico (2002); sobre la reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía (2011). Hoy, su competencia sobre los seminarios, se ha traspasado a la *Congregación para el clero*. Hay necesidad de seguir por este camino de creatividad e innovación. Bien es cierto que las grandes conferencias episcopales pueden hacer mucho para promover los estudios serios en sus territorios, pero sin duda las más pequeñas agradecerán esas grandes orientaciones que emana Roma, adaptándolas a sus necesidades más concretas.

Porque la formación intelectual es, en primer lugar, el ejercicio del don de la razón, que nos permite buscar y gustar siempre la verdad para conocer mejor a Dios y para comunicar esa verdad a los demás con corazón de apóstol. En segundo lugar, y no menos importante, busca asimilar unos contenidos básicos, una enseñanza divina con la cual nos atrevamos a orar a Dios, y este será también un objetivo formativo, con la característica de tratar de integrar entre sí estos saberes de orden diverso, para alcanzar una visión integrada del mundo y del hombre en Dios. Y en tercer lugar, necesita hoy una apertura al mundo, una actitud de diálogo, que brota sea de la humildad intelectual, sea de la caridad.

En el contexto actual, este año que recordamos el V centenario del inicio de la Reforma protestante por Martín Lutero, es bueno dejar hablar la historia para que nos enseñe y no repitamos los errores del pasado. Los historiadores ofrecen tres interpretaciones históricas a la Reforma protes-

tante. La tesis tradicional católica indica los abusos, desórdenes y decadencia extendidos en la Iglesia. La historiografía más reciente formula que quizás se debió más a un asunto político, una nueva relación entre la Iglesia y los estados nacionales emergentes.

Me gusta la interpretación protestante que insiste más en la decadencia doctrinal de la escolástica tardía. J. Lortz y su escuela lo llaman “incertidumbre teológica” (*Historia de la Reforma* I, Madrid 1972, p. 157). Si el alto clero se desentendía de la *cura animarum*; el bajo clero, en general, no poseía una formación teológica profunda, sino solo aprendía lo básico para ser cura. No se estudiaba porque no era necesario, pero cuando los rápidos cambios culturales urbanos del siglo XVI golpearon las vidas de las personas, ni el ambiente filosófico-teológico ayudó, ni se encontró maestros letrados preparados que iluminaran desde la fe los cambios epocales. Es interesante pensar en la influencia de la crisis del siglo XVI de una carencia señalada de una enseñanza intelectual sólida, profunda y selecta en el mundo cristiano. Algunos pensaban, pero pensaban mal. Querían, en buena fe, tener los mismos sentimientos de Cristo, pero descuidaron formarse en los pensamientos de Cristo. Sin educarse en el pensamiento de Cristo y sin pensar en Cristo a través de todas las cosas, entramos en un mundo de ambigüedad teológica nuevamente.

La revista de cultura *Ecclesia*, al dedicar algunos artículos a diversos aspectos de la formación actual, es consciente de que apenas se asoma a un mundo lleno de ricas perspectivas.

Los artículos *Grandes lineamientos de la Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis* de Mons. Jorge Carlos Patrón Wong; *Algunas consideraciones acerca del ambiente educativo y formativo para la vida sacerdotal y consagrada* del padre Matthew Joseph Brackett, L.C.; *La formación de personas consagradas* de Liliana Esmenjaud Zermeño, añaden al diálogo común las experiencias y reflexiones de autores que nos han obsequiado con sus trabajos.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por el P. Daniel Watt, L.C., consejero editorial de *Ecclesia*.